



## Tesorito

*Andrea Benavídez*

Argentina

Me gustaría verte hoy, tesoro. A mí no, no me gustaría verlo hoy. En cambio, me gustaría que usted me mirase en silencio. No lo haga directamente. Míreme en el espejo.

¡En este cuento hay un espejo! Un espejo en el que ella se mira, se agarra las tetas y se pregunta qué parte tiene que aprender, qué parte tiene que entender y qué parte es la que debe olvidar sabiamente. ¿Habrá traidores realmente? El silencio de la oscuridad se acurruca amordazado, se niega a contestar. -Las penas de amor la hieren-

Lo vuelve ha intentar, una y otra vez, con una tenacidad desesperante, pero el amor no quiere ser para ella. No, el amor le hace burla detrás de un álamo, desde donde la mira y le dice: quizás la próxima vez sea.

Ella le cree. ¡Pobrecrédula! Y en la próxima oportunidad lo vuelve ha intentar, como si fuera la primera vez—o no tanto- ya no imagina casitas con cortinas en las ventanas; mucho menos se le ocurre contar historias con niños y perros. Ya no, eso se lo ha llevado el tiempo con miles de amores hacia atrás. Su cuerpo tendido en el piso, acuna un dolor tan triste que hasta la tierra se raja y se apiada. Una dignidad extraña juega ficciones superpuestas en las que ella aparece personajizada en: virgencita, vieja loca, interna de hospicio, niñita albina... sucesivamente.

Habla poco cuando es día de ser virgen, más habla cuando es día de vieja loca. Entonces, palabras duras como piedra entran por los oídos destruyéndolo todo, igual que esos bichos que se comen los tímpanos de la gente dejándola sorda.

Ella está viva, a veces. También la he visto muerta -a qué contar cuentos de hadas donde no los hay- Muerta y vuelta espectro, trabaja incesantemente. Es verdad que antes laboraba con más fuerzas. Ahora las está perdiendo. Algunos la hemos visto morir silenciosa, loca mala, alejarse de todos, ahuyentar a todos para morir con dignidad. De todos menos de alguno, que traiga un cuerpo, que traiga un vino—o dos- que traiga ausencia, que se vaya cuando salga el sol, a lo sumo al sol siguiente—no más tiempo, si menos-.

Una mujer así no cabe en los cuentos, porque las mujeres de los cuentos, aman, sufren amargamente, lloran lo que dure el capítulo y se suicidan en algún acantilado poético. Ella llora, cuando interna de hospicio, dos lagrimitas caen suavemente en la tierra dejándola estéril, sólo en el lugar húmedo.



Tampoco se suicida, sólo se pierde un rato en alguna montaña o en algún vaso ¿pero quién no se ha perdido? En cambio, ella sigue viva y reside en una vida de arte. Resiste, se aferra, cuando no puede más, suelta, pero la mayor parte de las veces resiste. Cuando no puede ni aferrarse, ni soltar, ni resistir pinta un arte efímero sin pretensiones terrenales. Un arte humilde y alegre—como son las cosas que están vivas de verdad-

Ella parece un personaje de un cuento, vive una vida de personaje, con turbante de colores en la cabeza, pero nadie escribiría un cuento capaz de imaginarla, a ella, a la vida que ella lleva

—la realidad supera la ficción en este caso...y en otros tantos- Sin embargo, ella vive en la montaña, cerca del agua nueva, dentro del viento. Vive una vida con capítulos que narra para los que quieren escucharla—para los que pueden-

Atiende un bar para sobrevivir no para ganar plata, como la chica de la canción de Sabina y, como ella vive amores que quizás vuelvan el verano siguiente y no la encuentren—o tal vez sí- Quizás haya encontrado, rutinariamente, su lugar en el mundo, aunque el bar no esté, ni el amor, ni ella, ni su pelo blanco, ni sus ojos celestes. Quizás, finalmente el viento pueda mecer su delirio y al son de un álamo acunar su nido.

